

PUNTO III.

De los motivos de sostener la persecucion.

1.º *La causa por que se sufre...* «Seréis llevados por mi causa de delante de los presidentes... y seréis aborrecidos de todos por mi nombre...»

Por Dios se pueden sufrir todas las aflicciones de la vida, porque vienen de su providencia, á que debemos someternos con resignacion, y este motivo es capaz de endulzar las mayores penas; pero cuando la causa inmediata de nuestros sufrimientos es sola nuestra consagracion á su servicio y la profesion abierta que hacemos de estar unidos á la Religion y á su Iglesia, entonces sí que verdaderamente sufrimos por Jesucristo y por la gloria de su nombre... Ahora, pues, ¿qué felicidad, qué gloria, qué dulzura sufrir por Jesucristo? Esto es lo que hacia triunfar á los Apóstoles, cuando, despues de haber sido azotados, apaleados y maltratados con injurias, salian de los tribunales llenos de júbilo y de alegría, porque habian sido estimados dignos de sufrir alguna cosa por el nombre de Jesús.

2.º *El efecto del sufrimiento...* «Por darme testimonio delante de ellos y de los gentiles...» El primer efecto de los sufrimientos es la salvacion del prójimo... La sabiduría de Dios ha sabido sacar el bien del mal... ¡Cuántos gentiles y aun cuántos verdugos ha convertido la sangre de los Mártires! Las persecuciones que la Iglesia ha padecido nos dan aun hoy testimonio, y son para nosotros una prueba de la verdad de nuestra Religion.

El segundo efecto de los sufrimientos es nuestra propia salvacion... «El que perseverará hasta el fin se salvará...» Á un tal precio ¿se nos hará aun alguna cosa difícil? ¿Qué cosa son todas las penas de esta vida, persecuciones, tormentos, ultrajes, desgracias, enfermedades, penitencias, mortificaciones; qué cosa es todo esto en comparacion de la salvacion? Todo esto es nada, y la salvacion es una gloria y una felicidad infinita: todo esto durará solo un instante, y la salvacion es una felicidad completa y eterna. Ánimo, pues, alma mia; suframos todavía un momento, y entremos en el puerto, que será nuestra recompensa una gloria inmortal.

3.º *El ejemplo de Jesucristo...* «No es el discípulo mas que el maestro, ni el siervo mas que su señor: basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor... Si han llamado Belcebú al padre de familias, ¿cuánto mas á sus domésticos?...»

El ejemplo que nos debe animar y sostener en el sufrimiento que debemos mirar, no solo como ligero, sino tambien como dulce y glorioso, es el ejemplo de Jesucristo. Él es nuestro maestro, nosotros somos sus discípulos; él es nuestro señor, nosotros somos sus siervos: si á él, que es el padre de familia, llamaron Belcebú, y fue tratado de endemoniado, ¿qué nombres queremos nosotros que nos den? ¿de qué injuria nos podemos ofender?

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! Señor, Vos habláis á vuestros discípulos solamente de las blasfemias que los judíos se han atrevido á proferir contra Vos; ¿de qué valor y de qué esfuerzo se sentirán animados cuando habrán visto saciarse sobre vuestra santísima carne el furor y la rabia de los verdugos; cuando os habrán visto cubierto de vuestra sangre, harto de oprobios, y por fin espirando en una cruz? ¿Quién podrá con esta memoria no desear sufrir y no gloriarse de asemejarse á Vos? ¡Ah, qué importa que el discípulo sea como el maestro! Y ¿qué es lo que sufro yo por Vos en comparacion de lo que Vos habeis sufrido por mí? ¡Ay de mí! Si la piedad, si la devocion, si la práctica del bien obrar, si vuestra santa religion me atraen alguna palabra de burla ó de desprecio, ó alguna mortificacion ligera, en vez de alegrarme y de radicarme siempre mas en el bien, ¿no me dejo luego por ventura desconcertar, alterar, y cuási reducir á términos de ser perjuro? ¿Soy por ventura cristiano? ¿Soy discípulo vuestro, ó Jesús mio? ¡Ah divino Salvador! llenadme de vuestra misma fuerza y de vuestra adorable sabiduría: animadme con vuestro espíritu, y haced que esté siempre lleno de él. Amen.

MEDITACION LXXXVII.

CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES.

(Math. x, 28-36).

DE TRES OBLIGACIONES PARA CON DIOS.

Estas tres obligaciones son: 1.º el temor de Dios; 2.º la confianza en Dios; 3.º la profesion de la fe en Jesucristo.

PUNTO I.

Del temor de Dios.

Lo 1.º *Este temor es justo...* «Y no temais aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed antes al que puede de perder el alma y el cuerpo en el infierno...»

El temor es una especie de homenaje que se ofrece á la persona que se teme. El temor de Dios, que es el principio y el fundamento de la sabiduría y de la perfección, es un homenaje que pagamos y ofrecemos á su divina sabiduría; porque conoce todas nuestras acciones: á su santidad que aborrece el pecado; á su justicia que lo condena, y á su potencia que lo castiga. No tenemos el temor de Dios cuando le ofendemos; cuando libremente hacemos lo que sabemos que le puede desagradar, y dejamos de hacer lo que sabemos que le debe agradar; cuando delante de él nos presentamos sin respeto, y le suplicamos sin atencion... ¿Puedo yo decir que tengo el temor de Dios, cuando con tanto atrevimiento lo ofendo de tantas maneras y en tantas ocasiones?

Lo 2.º *Este temor es superior á todo temor humano...* No hay hombre mas intrépido que el que teme solo á Dios... ¿Qué tiene él que temer de los hombres?... El poder de estos se puede extender solamente sobre los cuerpos, y puede obrar solo por un momento: el cuerpo solo cae bajo de sus golpes: el alma vuela y se escapa de su furor. Pero ¡Dios! ¡Ah! él es señor del cuerpo y del alma, y tiene una eternidad para vengarse. ¡Ay de mí! ¡cuántas veces he temido mas á los hombres que á Dios! No he estado amenazado de tormentos ni de la muerte, y con todo eso he temido ser visto, ser conocido: he temido una palabra de burla, de afrenta y de desprecio; he temido discursos tenidos en mi ausencia, y aun otros muchos que no he sabido: no tengo aun el principio de la sabiduría, y no tengo aun el temor de Dios.

PUNTO II.

De la confianza en Dios.

Esta confianza en el Señor está fundada sobre su infinita providencia y sobre su infinita bondad...

Lo 1.º *Sobre su providencia infinita...* «¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto; y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre?...»

Esta es una verdad sobre que nosotros no reflexionamos bastante; que bien meditada sería para nosotros un manantial de paz y de tranquilidad. No: en toda la naturaleza, en lo físico y en lo moral, nada puede suceder sin que lo sepa, sin que lo ordene ó lo permita el Criador. Tanto los mas pequeños accidentes, como los mas grandes, están sujetos á su providencia. Así como no sería Dios, si alguno de estos acaecimientos se pudiese escapar de

su conocimiento; tampoco lo sería, si alguno de ellos pudiese suceder sin la orden de su voluntad. Una verdad como esta sostenida por la autoridad de Jesucristo, ¿no debería hacernos gozar un profundo reposo en el Señor, á pesar de los vanos esfuerzos del mundo por quitárnoslo? Cuanto mas simple es la comparación de que se vale el Salvador, tanto es mas culpable nuestra desconfianza, y debe ser tanto mayor nuestra confusión.

Lo 2.º *Confianza en Dios fundada sobre su infinita bondad...* «Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temais, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pájaros.»

Dios regula la suerte de un pajarillo; y el hombre, que Dios ha criado á su imágen y semejanza, que ha destinado á ser participante de su felicidad, de su gloria, de la eternidad; el hombre, de quien no solo él es Criador, sino tambien Padre, y que Jesucristo rescató con su sangre; el hombre ¿no será por ventura el objeto de su ternura y de las atenciones de su paterna providencia? No temamos, pues; todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, y no caerá uno solo sin la permission de nuestro Padre celestial. No temamos la malicia de los hombres, los accidentes improvisos, la pérdida de los bienes, el dolor de las enfermedades, ni aun la misma muerte. Reposemos con tranquilidad en el seno de la providencia de un Dios que es nuestro Padre; recibamos de su mano todo lo que permita que nos suceda, y estemos seguros de que proporcionará sus socorros á nuestras necesidades y su recompensa á nuestra fidelidad.

PUNTO III.

De la profesion de la fe.

Jesucristo nos enseña: 1.º cuál será el efecto de esta profesion en el otro mundo; 2.º cuál lo será tambien en este.

Lo 1.º *¿Cuál será su efecto en el otro mundo?*... «Por tanto, cualquiera que me confesare delante de los hombres, yo tambien lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negará delante de los hombres, yo le negaré tambien delante de mi Padre que está en los cielos...»

Confesar á Jesucristo es declararse abiertamente por él, y hacer profesion manifiesta de ser del número de sus discípulos, de creer las verdades que nos ha revelado, y de ser sumisos y obedientes á su Iglesia: es practicar fielmente sus preceptos, seguir sus máximas y cumplir todas las obligaciones de la Religion sin respeto hu-

mano : es sostener y defender la causa de Jesucristo contra los que la asaltan , defender su fe , su doctrina y sus siervos , y oponerse , segun las propias fuerzas , á las calumnias que se esparcen contra su religion y á las persecuciones que se le quisiesen suscitar... Faltar á estas obligaciones es negar á Jesucristo y avergonzarse de él... Examinémonos sobre todos estos puntos , y consideremos las consecuencias... Aquellos que delante de los hombres se habrán declarado por Jesucristo , tendrán la aprobacion de Jesucristo : él se declarará á su favor en el cielo , y los reconocerá por sus discípulos , por sus amigos , por sus hermanos y por sus compañeros en la heredad... Al contrario , Jesucristo no conocerá á aquellos que no habrán tenido valor para declararse en su favor : los negará y los desechará como que no son suyos , y como que no tienen derecho á su herencia ; porque no han querido participar de sus afrentas... ¡Qué felicidad para los unos! ¡qué anatema para los otros!... ¿Y delante de quién hará Jesucristo este juicio? Delante de su Padre que está en los cielos. ¡Ay de mí! ¿dónde estarán entonces los hombres? ¿dónde estará entonces su poder? ¿dónde estarán sus amenazas y sus promesas? Y despues que Jesucristo se habrá declarado así por los unos , y habrá negado á los otros , ¿qué se seguirá? Los primeros , teniendo á Jesucristo por mediador , serán admitidos por el Padre celestial en el reino de los cielos para reinar para siempre : los segundos , negados , desechados y reprobados por el Hijo , sin apoyo y sin defensa , caerán en el abismo para arder eternamente con los demonios.

Lo 2.º *¿Cuál será el efecto de nuestra profesion de fe tambien en este mundo?...* Será una guerra continuada y eterna entre la carne y el espíritu , entre los esclavos del mundo y los adoradores de Jesucristo ; guerra de que debemos estar advertidos para estar siempre prontos , para tenernos en ejercicio , para combatir , y para no quedar sorprendidos , si esta guerra fuese cruel , larga y obstinada. «No penséis , dice Jesucristo , que he venido á poner paz sobre la tierra ; no he venido á poner paz sino espada ; porque he venido á separar al hombre contra su padre , y á la hija contra su madre , y á la nuera contra su suegra. Y enemigos del hombre los propios «domésticos...»

Jesucristo es el Dios de la paz : él la ha traído á los hombres : está en mano de los hombres el gozarla. Paz celestial , por la cual , si quieren aceptarla , están reconciliados con Dios que les perdona sus pecados ; consigo mismos , gozando el reposo de una buena concien-

cia , y con los otros hombres , á quienes desean todo bien. Pero como muchos entre los hombres no querrán esta paz , antes sí perturbarla y quitarla á los discípulos de Jesucristo ; contra estos y á estos ha venido Jesucristo á traer la guerra , guerra espiritual para la que desde la infancia es necesario estar armados , y para la que se debe emplear valerosamente toda la vida , y solo desistir en la muerte ; guerra que debe separar y romper los vínculos de la naturaleza , y cortar todos los nudos que nos detuviesen en el pecado ó en el error , y que se opusiesen á la voluntad de Dios y á nuestra salvacion. El mundo no conoce esta guerra ; todo le parece bueno , con tal que no le inquieten en el gozo de los bienes terrenos. La herejía no conoce esta guerra : todas las sectas se han unido desde que á este precio pueden gozar la paz de la tierra ; y si la herejía por sostenerse hace la guerra , sus armas son materiales y mortales desterradas por Jesucristo , y no las espirituales que él ha traído sobre la tierra. Finalmente el hombre perezoso no conoce esta guerra : no hace uso de las armas , se deja ganar por los halagos , arrastrar de la concupiscencia , y corromper de su misma flojedad ; y no comprende que sus mas peligrosos enemigos , de los que él debe mas desconfiar y separarse cuando son de evidente obstáculo á su propia salvacion y perfeccion , son aquellos con quienes tiene mas estrechos vínculos y con quienes habita.

Peticion y coloquio.

Hacedme , ó Dios mio , aborrecer todos los vínculos que me pudiesen separar de Vos , y amar aquellos que vienen de vuestra mano. El temor que tendré será de temer demasiado á los hombres que son tan débiles , y de no temeros á Vos , ó Señor ; á Vos , que solo podeis perderme ó salvarme , y que ciertamente me salvaréis si me uno solo á Vos. Ó hombres débiles y mortales como yo ; ¿qué tengo que esperar ó qué temer de vosotros? Desprecio igualmente vuestros bienes y vuestros males , vuestro favor y vuestra cólera ; y me declaro públicamente por Jesucristo mi Salvador y mi Maestro. ¡Ah! Señor , haced que yo no esté penetrado de otra cosa que de vuestro saludable temor ; que no conozca ni tema otro mal que el de ofenderos , ni otra desgracia que la de perderos. Estoy resuelto , ó Dios mio , os lo prometo , estoy resuelto á ser aquí en la tierra vuestro discípulo , para que despues un dia me presenteis á vuestro Padre como compañero vuestro en la herencia de la gloria. Amen.

MEDITACION LXXXVIII.

FIN DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES.

(Math. x, 37, 42).

DEL AMOR DE JESUCRISTO.

Nuestro Señor en este lugar da cuatro cualidades al amor que desea de nosotros: 1.º amor dominante; 2.º amor crucificante; 3.º amor vivificante; 4.º amor celante.

PUNTO I.

Amor dominante.

Amor que quiere la preferencia, y á que se debe sacrificar cualquiera otro amor... «El que ama á padre ó á madre mas que á mí, «no es digno de mí: y el que ama á hijo ó á hija mas que á mí, no «es digno de mí...»

Lo mismo se debe decir de cualquier otro amor... Examinemos aquí nuestro corazón, y confrontemos con esta regla nuestros afectos... Amamos á una persona mas que á Jesucristo, si no estamos dispuestos á separarnos de ella por amor de Jesucristo; si el amor de esta persona debilita, disminuye, contradice ó contrapesa al amor de Jesucristo; si nos distrae y nos aleja del amor de Jesucristo, y nos lo hace desagradable, *este no es digno de mí*, dice el Salvador. No: Jesucristo quiere un amor noble y generoso que nos eleve sobre todo lo criado: él se lo merece porque es infinitamente grande y sobre todas las demás cosas; porque aunque es infinitamente grande, nos ama mas que cualquier otro pueda amarnos; porque nos ha hecho mas bien que cualquier otro pueda hacernos; porque puede y quiere hacernos felices, y él solo nos puede dar una felicidad sólida, infinita y eterna. *Aquel no es digno de mí*, dice Jesucristo, esto es, no es digno de ternarme por Mediador y por Salvador, sino por Juez y por Vengador.

PUNTO II.

Amor crucificante.

Amor que nos presenta solo cruces, y por el que conviene sufrirlo todo... «Y el que no toma su cruz, y me sigue, no es digno «de mí...»

Tomar la propia cruz es aceptar de buena voluntad todas las penas de esta vida, de cualquiera parte que vengan: sea de nuestra

condicion y de nuestro estado, sea del curso ordinario de la naturaleza, como las enfermedades y las estaciones, sea de los accidentes improvisos dirigidos por la Providencia, ó de parte de los hombres por su malicia ó por sus imperfecciones; y sufrir todo esto sin lamentarse, sin quejas, sin impacencias, y añadir á todo esto cruces voluntarias, privaciones de ciertas cosas, penitencias y mortificaciones. Ahora, pues, ¿quién puede hacer todo esto sino el amor?

Seguir á Jesucristo es sufrir por él y como él... con las mismas virtudes, y por él mismo fin que él tuvo; y uniendo nuestras cruces con la suya, de la que todas las nuestras traen su precio. Quien no lo hace, *no es digno de mí*, dice el Salvador. No: Jesucristo quiere almas nobles y corazones generosos, y esta es la prueba á que los pone. Es propio de un corazón vil no querer sufrir cosa alguna, aun á la vista de su rey, y viendo que el mismo rey sale al encuentro á todos los peligros, aguanta todos los trabajos, se expone á todo, y lo sufre todo. ¡Ah! el no tener valor para seguirlo, el no querer participar de sus peligros y de sus fatigas, ¿cómo se ha de llamar una tal vileza? *Este no es digno de mí*, dice Jesucristo; no es digno de tenerme por cabeza y por Rey, ni de ser admitido en el número de mis soldados, ni de tener parte en mis victorias, ni de triunfar conmigo en el cielo, donde solamente admitiré las almas nobles y generosas: este no merece otra cosa que el oprobio, justa porción de las almas viles, y el castigo de que son dignos los desertores y los traidores.

PUNTO III.

Amor vivificante.

Amor que pide nuestra vida para conservárnosla... «El que ha «lle su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por mí, la «contrará...»

Conservar la propia vida en el sentido de Jesucristo es buscar la seguridad de la propia persona, aunque sea con menoscabo de la propia fe y de la propia inocencia; es seguir las pasiones con desprecio de la ley de Dios; es procurarse los deleites y las diversiones con perjuicio de las propias obligaciones; es preferir la propia voluntad á la de Dios, y la propia libertad á la vocacion divina; es buscar en todas las cosas la propia estimacion, referirlo todo á sí mismo, á su amor propio, á su vanidad, á su comodidad, y reposar de este modo en sí mismo, como en su suma felicidad... ¡Oh, y cuán ciego y miserable es el que abraza un partido tan funesto!

Esta vida, que él ama con tanta pasión y á que está tan apegado, la perderá para toda la eternidad, donde estará en una muerte continua, en una privación absoluta de todo bien, y en los suplicios horribles... Pensemos bien esta verdad. Ojalá que de esta manera llegase ella á hacernos amargos y desagradables nuestros placeres y á conducirnos de nuevo á la verdadera sabiduría.

Perder la propia vida al presente, es morir antes que perder la fe ó la inocencia; es morir á las propias pasiones, á las inclinaciones viciosas, por atender á la santa observancia de la ley de Dios; es morir á los placeres de los sentidos, á los frívolos divertimientos del mundo, por reducirse á la práctica de las propias obligaciones; es sepultar la propia vida en el retiro, en la oración y en la penitencia; es referirlo todo á Dios, trabajar únicamente por él y por su gloria; es olvidarse enteramente de sí mismo. ¡Oh, y cuán feliz y cuán sábio es el que abraza un partido tan ventajoso! Esta vida, que parece que desprecia y de que no hace caso alguno; esta vida, de que absolutamente no goza, sino que consume y extenua con las fatigas; esta vida, en una palabra, que pierde y sacrifica, la encontrará en la eternidad, donde gozará de Dios con una vida perfecta y en las delicias inefables... ¡Ah! pensemos sin cesar esta verdad; ella nos anime, nos sostenga y nos fortifique. ¡Ay de mí! cuando el buscarnos á nosotros mismos no fuese mas por su naturaleza que un pecado venial, ¿no seria siempre una ofensa hecha al amor, y por consiguiente una pérdida hecha por nuestra alma en la eternidad?... ¡Oh Señor, cuántas pérdidas hago yo todos los dias!

PUNTO IV.

Amor celante.

Amor que Jesucristo exige aun de aquellos que no están destinados al santo ministerio. «El que os recibe á vosotros me recibe á mí; y el que me recibe, recibe á aquel que me envía. El que recibe á un profeta en nombre de profeta, recibirá la merced de profeta; y el que recibirá á un justo en nombre de justo, tendrá la merced del justo: y todo el que diere de beber un vaso de agua fresca á uno de aquellos pequeñitos solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa...»

El celo no es de tal suerte propio de los Apóstoles y de los varones apostólicos, que no puedan tambien participar de él los otros, como tambien de sus recompensas. El que recibe en su casa un apóstol, recibe á Jesucristo que lo ha enviado, y á Dios mismo

que ha enviado á Jesucristo. ¿Con qué júbilo, con qué atención, con qué caridad debe recibirse? El que recibe un ministro del Evangelio, no por cualquier motivo humano, sino como ministro de Jesucristo, como sacerdote, predicador, misionero, tendrá él mismo la recompensa de un ministro del Evangelio. El que recibe un justo, no en cualidad de pariente, de ciudadano ó de amigo, sino porque es justo y amigo de Dios, tendrá él mismo la recompensa debida á un justo. Promesas tan ventajosas ¿no deben por ventura animar á los ricos á emplear sus riquezas en obras de celo, en el alivio y en la manutención de aquellos que trabajan por la salvación de las almas? Este celo es el que ha dado á la Iglesia aquellas rentas con que mantiene tantos ministros útiles, el que ha fundado tantos santos institutos para la instrucción de los pueblos y para el alivio de tantos miserables, el que ha dado fondos para misiones, para retiros, para escuelas, para hospitales... ¡Felices aquellos que aun hoy dia están animados de este mismo celo! Es verdad que no todos están en estado de dar pruebas de su celo con ser liberales; pero el amor da pruebas del suyo por medio de las cosas mas pequeñas, y hace que tengan su precio los mas mínimos servicios que hace. Dios ve el corazón y el amor con que es amado: un vaso de agua dado á un discípulo de Jesucristo, tendrá su recompensa: ¿quién jamás lo hubiera creído? Pero este divino Salvador nos lo asegura por sí mismo con juramento. ¡Oh, y cuán dulce cosa es servir á un Señor tan liberal y tan benéfico! No sucede así cuando se sirve al mundo: ¿cuántos servicios no conocidos? Y entre los conocidos, ¿cuán pocos son los premiados? Antes bien, ¿qué recompensas se dan?

Petición y coloquio.

Á Vos solo pertenece, ó Salvador mio, que sois un buen Señor, pagar con un tal precio los mas pequeños servicios. Cuantos medios me sugerís Vos para participar en alguna manera del honor del apóstolado, y para tener su mérito delante de Vos, los emplearé recibiendo á vuestros ministros como vuestros discípulos, cooperando á sus miras, y favoreciendo sus designios y sus trabajos, mil veces felicísimo por poder con esto dar pruebas de mi amor; pero esto es demasadamente poco para mi corazón: en este momento mismo tomo la firme resolución de llevar mi cruz, de cargármela por elección, ó por lo menos de aceptarla de buena voluntad de seguirus, ó Salvador mio; esto es, de unir mis penas á las vuestras, y de

gloriarme de caminar constantemente sobre vuestras mismas pisadas: tales son mis resoluciones: sostenedlas, ó Jesús mio, con vuestra gracia. ¡Oh corazón mio! serias ciertamente indigno, vil y despreciable si rehusases copiar en tí estos caracteres del amor que de tí pide tu Criador. ¿Qué cosa amarás, si no amas á Jesús? Amen.

MEDITACION LXXXIX.

MISION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

(Math. xi, 1; Marc. vi, 12, 13; Luc. ix, 6).

1.º Cuál fue el lugar de su mision; 2.º cuáles fueron sus discursos; 3.º cuáles fueron sus obras.

PUNTO I.

Del lugar de su mision.

Lo 1.º *No fue su patria...* «Y acaeció que cuando acabó Jesús de dar esta enseñanza á sus doce Apóstoles, partió de allí á enseñar y predicar en sus ciudades...»

Jesús con haber tomado por compañeros los doce Apóstoles no habia pretendido eximirse del trabajo y procurarse el descanso, sino apresurar la obra de Dios. Despues de haber acabado su discurso y sus instrucciones sobre las obligaciones y empeños, sobre las fatigas y sobre los peligros, sobre el fruto y sobre el éxito, sobre los privilegios y sobre la corona del apostolado, ordenó á sus Apóstoles que partiesen y fuesen á practicarlas en las ciudades de la Galilea que les habia señalado, y partió también él á predicar en las ciudades del país... El mayor fruto no se coge en la patria; los intereses, los celos, las enemistades que se encuentran en las familias, los respetos que se tienen á los parientes, y las comodidades que nos procuran, los discursos de un pueblo que nos ha conocido desde la infancia, son muchas veces obstáculos grandes á los frutos del santo ministerio.

Lo 2.º *Tampoco fueron las grandes ciudades el lugar de su mision...* «Y habiendo salido, iban girando de lugar en lugar, evangelizando y sanando por todas partes...»

Los lugares y las aldeas fueron su primer teatro; en estas poblaciones se distribuyeron los Apóstoles, despues de haber dejado á Jesucristo y haberse dividido en seis partes para anunciar el Evangelio, y ejercitar la potestad de los milagros que Jesucristo les habia comunicado... El pueblo de la campiña es el objeto mas favorecido

del verdadero celo, porque por una parte está mas desprovido de instrucciones, y de otra es mas dócil al Evangelio... De aquí están desterradas las mas fuertes pasiones, y los delitos son aquí mas raros: son inocentes las ocupaciones, y muchas veces no necesitan estas mas que de motivos para hacerse virtudes. ¡Oh, y cuánto bien se puede hacer en las campiñas por quien tiene un verdadero celo!

PUNTO II.

De sus discursos.

Los Apóstoles, á ejemplo de Jesucristo y de Juan Bautista, exhortaban los pueblos á la penitencia, anunciaban la venida del reino de Dios, y los terribles castigos de la divina cólera que vendria sobre los judíos incrédulos... «Y ellos fueron, y predicaban (á los hombres) que hiciesen penitencia...» Esto es lo que aun nos predica el Evangelio. Pretender salvarse sin penitencia es contradecir á Jesucristo, á su Precursor, á sus Apóstoles y á su Iglesia... Examinemos, pues, con la mayor atencion.

Lo 1.º *Cómo la hacemos nosotros...* Esto es, cómo recibimos las penas y las aflicciones de esta vida, que son una penitencia de necesidad; cómo practicamos las abstinencias y los ayunos de la Iglesia, que son una penitencia de precepto; cómo mortificamos nuestros sentidos, nuestros gustos y nuestra carne; qué uso hacemos de la austeridad, de la oracion, de las vigiliass, que son la penitencia voluntaria y exterior; cómo detestamos nuestros pecados; cómo los lloramos; si huimos las ocasiones, si pedimos perdon, si reprimimos los malos hábitos, que es en lo que consiste la penitencia interior; cómo nos acusamos al ministro de Jesucristo, con qué frecuencia, con qué sinceridad, con qué dolor, con qué deseo de corregirnos nos presentamos á pedirle la absolucion de nuestros pecados, que es en lo que consiste la penitencia como Sacramento.

Lo 2.º *Cómo la predicamos nosotros á los demás...* Esto es, cómo la hacemos practicar en nuestra familia, cómo enseñamos su necesidad á los que dependen de nosotros; cómo nos aprovechamos de las ocasiones de inspirarla, de exhortar y de animar á ella á aquellos con quien tratamos: una palabra de un amigo, de un superior, de un hombre de autoridad dicha á tiempo y á propósito seria á las veces mucho mas eficaz para la salvacion y conversion de un alma que los mas elocuentes discursos. ¡Ay de mí! ¡cuántas ocasiones perdemos de ejercitar un apostolado, el cual por no ser tan brillan-

te no sería menos glorioso para Dios ni menos útil para el prójimo y para nosotros mismos!

PUNTO III.

De sus obras.

«Y echaban muchos demonios, y ungián con óleo á muchos enfermos, y sanaban...»

No por sí mismos ciertamente y sin motivos predicaban los Apóstoles la penitencia, y hacían estas unciones sobre los enfermos. Nuestro Señor, señalándoles lo uno y lo otro, tenía puestas las miras en lo futuro... Luego que llegó el tiempo determinado puso en ejecución sus designios, elevando á la dignidad de Sacramento la penitencia que habían predicado los Apóstoles, y la unción de que se habían servido: nosotros llamamos esto último el sacramento de la Extremaunción... Dos consideraciones se ofrecen aquí á nuestra mente.

1.^a *Para el tiempo de la enfermedad...* Observemos que esta santa unción, que en las manos de los Apóstoles tenía la virtud milagrosa de sanar los enfermos, no la ha perdido ciertamente cuando ha sido elevada á un Sacramento: es al contrario la primera que le atribuye el apóstol Santiago ¹: ella alivia al enfermo, lo sana también si es voluntad de Dios, le da las gracias necesarias para sufrir y padecer con resignación; y además, si se halla en él alguna reliquia del pecado, se la borra, y acaba de purificar su alma... ¿Cómo, pues, podremos nosotros hacer materia de temor y de espanto un Sacramento tan saludable? Pidamos á Dios la gracia de recibirlo dignamente en nuestra última enfermedad: temamos ser privados de él por nuestra culpa: seamos los primeros á pedirlo, y pongamos en él toda nuestra esperanza, como en un Sacramento establecido por Jesucristo para nuestra santificación... Con este mismo espíritu de fe tengamos cuidado de procurararlo á los enfermos que visitemos, á nuestros parientes, á nuestros amigos y á aquellos que viven en nuestra casa: dispongámoslos á recibirlo bien, asegúrelos contra los terrores de la naturaleza, y animemos su confianza en las promesas de Jesucristo.

2.^a *Para el tiempo de la sanidad...* Consideremos que la manera de disponernos á recibir bien este Sacramento es pensar en tiempo de la sanidad á lo que seguirá en la enfermedad cuando se nos administrará. ¿En qué estado estará entonces nuestro cuerpo? ¿Qué

¹ Jacob. v, 14.

impresión le harán todos los objetos que lo habían lisonjeado, que lo habían tentado, y que lo habían solicitado? ¿Qué uso querríamos entonces haber hecho de nuestros sentidos, que Dios nos había dado solo para ayudarnos á servirlo? Hagamos, pues, ahora un santo uso: comencemos con pedir á Dios perdón de todos los pecados que por medio de ellos hemos cometido: despues apartemos de ellos todo lo que los pueda corromper: pongámosles el freno de la ley de Dios: tengámoslos finalmente esclavos en las cadenas de sus divinos preceptos, si queremos gozar la paz durante la vida y la mas sólida consolación á la hora de la muerte.

Petición y coloquio.

¡Ah! no permitais, ó Señor, que yo cierre los oídos á tantas voces que me predicán la necesidad de hacer penitencia; y ya que una vida cristiana es una continuada penitencia, haced que mi vida sea penitente, para que sea santa y me lleve á una bienaventurada eternidad. Amen.

MEDITACION XC.

RESUCITA JESUCRISTO EL HIJO DE UNA VIUDA DE NAIM.

(Luc. vii, 11-17).

Meditemos: 1.^o el encuentro de Jesucristo; 2.^o lo que hace Jesucristo para resucitar el muerto; 3.^o lo que hace el muerto resucitado; 4.^o la admiración del pueblo.

PUNTO I.

El encuentro de Jesucristo.

«Y sucedió despues que iba á una ciudad llamada Naim, y iban con él sus discípulos, y una gran turba del pueblo; y cuando ya estaba vecino á la puerta de la ciudad, hé aquí que llevaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, y esta era viuda, y gran número de personas de la ciudad la acompañaban...»

Lo 1.^o *Encuentro admirable...* Encuentro de la vida y de la muerte, del consuelo y de la desolación: de una parte Jesús acompañado de sus discípulos y seguido de una turba innumerable del pueblo se acercaba á una de las puertas de la ciudad de Naim; de la otra una comitiva fúnebre salía con pompa por esta misma puerta para ir á dar sepultura fuera de los muros de la ciudad, segun el uso del país, á un muerto que había sido de gran consideración,